

FOSSA, L. (2023). *Khipu. Instrumento de gestión, memoria y poder*, Lima, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.

GARCÍA CANCLINI, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós.

GUAMÁN POMA DE AYALA, F. (1993 [1615]). *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, ed. Franklin Pease G. Y., y Jan Szemiński, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.

LERNER, S. (2018), «Contra toda certeza», en *EIELSON*, Museo de Arte de Lima (MALI), pp. 40-55.

MIGNOLO, W. (2024). «Descolonialidad y museos», en *Acciones y exhibiciones para descolonizar las narrativas de tu museo*, ed. Ángela Cervellera, Wikimedia Argentina, Fundación TyPA.

PADILLA, J. I. (2005). «No conoceré el gusano ni la tierra», en *INTI*, n.º 61-62, pp. 205-210.

PIZARRO, H. (1533). «Carta a los señores oidores que residen en la ciudad de Santo Domingo, 23 Noviembre, 1533», en *Historia General y Natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1851-1855, tomo IV, pp. 206-213.

URTON, G. (2017). *Inka History in Knots: Reading Khipus as Primary Sources*, Austin, TX, University of Texas Press.

VICUÑA, C. (2022), «Cecilia Vicuña in conversation with Catherine Wood (7-8 June 2022)», en *Cecilia Vicuña. Brain Forest Quipu*, ed. Catherine Wood, Londres, Tate Publishing, pp. 42-57.

L. LEÓN  
LLERENA /  
NUDOS  
CRÍTICOS

## SOLEDAD GONZÁLEZ DÍAZ / LOS LÍMITES DE LA HISTORIA A PROPÓSITO DE LA NOVELA *EL CAMINO DEL HAMBRE* DE OSVALDO WEGMANN

—¿Y qué es de la demás gente? —preguntó Pedro Alcántara.  
—Por ahí, por ahí. Unos viviendo y otros muriendo.

En el contexto de la expansión imperial del siglo XVI, la Corona española financió una empresa de colonización sin precedentes: la fortificación y población del estrecho de Magallanes para impedir que otras potencias europeas se adelantaran en su control. Existían razones fundadas para temerlo. En 1578, Francis Drake, al servicio de Isabel I de Inglaterra, cruzó el Estrecho al primer intento y en tiempo récord durante su viaje de circunnavegación.

Al año siguiente, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, autorizó desde El Callao el zarpe de una expedición de reconocimiento. No se trataba de un intento aislado: desde la travesía de Hernando de Magallanes y Sebastián Elcano, al menos otras cuatro expediciones habían buscado replicar la travesía, con más contratiempos que éxitos. Esta vez, la empresa quedó a cargo del navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, hombre de confianza del virrey, quien aspiraba a consolidar su posición como futuro gobernador del Estrecho.

Tras cruzar el Estrecho, Sarmiento aportó en la actual Portugal y luego se dirigió a España, donde se entrevistó con Felipe II. Pronto la preparación de la llamada «Armada del estrecho» ya estaba en marcha, con más detractores que partidarios. Al propio general a cargo de la Armada, Diego Flores de Valdés, la iniciativa

le parecía descabellada. Con todo, y tras un inmenso esfuerzo logístico coordinado por Sarmiento de Gamboa, veintitrés naves,

completamente equipadas y con cerca de tres mil personas a bordo, zarparon desde Sanlúcar de Barrameda rumbo al Estrecho. Una tormenta a la altura de Cádiz anticipó lo que sería el destino de la empresa: un tercio de la flota naufragó, con un saldo de quinientos muertos.

Naufragios, enfermedades, deserciones, robos, motines y hambre marcaron la tónica de la travesía. Tras dos invernadas en la costa del actual Brasil, la expedición logró finalmente alcanzar el cabo Vírgenes, en el Estrecho, luego de dos años y medio de viaje. Sin embargo, lo hizo profundamente diezmada: una sola nave arribó, la Santa María de Castro, con poco más de trescientas personas, entre soldados,

pobladores y marineros.

En ese lugar fundaron una primera ciudad, Nombre de Jesús, emplazada en un entorno particularmente inhóspito: un desierto de coirón en la convergencia del Estrecho y el Atlántico, sometido a vientos polares constantes. El emplazamiento distaba de aquel que Sarmiento había seleccionado en su viaje previo como asentamiento definitivo, al que urgía llegar antes de la inminente llegada del invierno. En este contexto, la expedición se dividió en tres grupos: algunos permanecieron en Nombre de Jesús, mientras otros avanzaron hacia el sureste, ya fuera por tierra —bajo el mando de Sarmiento— o por mar, a bordo de la única nave restante.



 Ciudad Nombre de Jesús y Rey Don Felipe en el estrecho de Magallanes. Gráfica de Víctor Martínez





S. GONZÁLEZ  
DÍAZ /  
LOS LÍMITES DE  
LA HISTORIA...

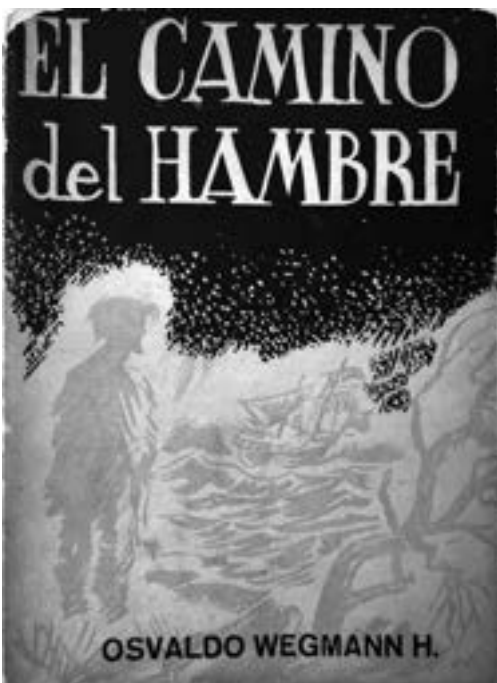
Ambos grupos se reunieron en la punta de Santa Ana en marzo de 1584, en un estado de agotamiento extremo y con el ánimo quebrantado. Aun así, iniciaron la tala de árboles para levantar la empalizada y los recintos de la nueva ciudad, Rey Don Felipe, bajo la presión constante de Sarmiento.

Dos meses más tarde, Sarmiento decidió partir en busca de los pobladores que permanecían en Nombre de Jesús, a bordo de la nao. Sin embargo, una mala maniobra, sumada a un viento huracanado, arrastró a la Santa

María de Castro y a su tripulación hacia el océano Atlántico. Alcanzaron las costas de Brasil con la nave —y el ánimo— destrozados, e intentaron, sin éxito, regresar al Estrecho. Nunca lo lograron.

En su intento por obtener refuerzos, Sarmiento emprendió el viaje a España en condiciones precarias, como pasajero en una nave ajena. Durante la travesía fue capturado por corsarios ingleses. A un breve y no del todo adverso cautiverio en Inglaterra, volvió a ser apresado en Francia, esta vez en condiciones mucho peores. No fue sino hasta 1591 que logró regresar a España, donde murió poco después. En cuanto a los

pobladores de Rey Don Felipe, no volvieron a saber nunca más de su gobernador ni de su rey. Es en la fugaz existencia y el abandono de este caserío condenado, fundado con la pretensión de convertirse en la ciudad más austral del mundo, donde transcurre la novela *El camino del hambre* de Osvaldo Wegmann.



La ilustración de portada es del connotado artista magallánico Lautaro Alvial Bensen

### Desaparición, historia y ficción

Osvaldo Wegmann fue un periodista y prolífico escritor magallánico, quien dirigió por más de dos décadas el diario *La Prensa Austral*, referente de la prensa regional. Su obra se desarrolló entre 1940 y 1980, periodo en el que publicó cuentos y novelas, entre ellas *El camino del hambre*. Su interés por la empresa de Sarmiento no fue casual: en la década de 1950, el abogado Jesús Veiga identificó el emplazamiento de Rey Don Felipe, cuyo rastro material se había desdibujado con el paso de los siglos. Se trataba de una ciudad fantasma, suspendida entre el olvido y la imaginación.

En ese contexto, Wegmann integró, junto a Veiga y al arqueólogo Joseph Empereire, el primer equipo que excavó sistemáticamente el sitio. Sus trabajos se concentraron especialmente en el área de la iglesia, donde recuperaron restos humanos correspondientes a los primeros pobladores. En su obra, Wegmann restituye a su dimensión humana estas vidas truncadas, más de trescientos años después de su muerte.

Wegmann accedió a la historia de Rey Don Felipe a través de fuentes del siglo XVI que comenzaron a circular desde el siglo XVIII,

cuando los escritos de Sarmiento de Gamboa despertaron el interés de bibliófilos como Bernardo de Iriarte, quien en 1768 publicó una compilación de documentos sobre la expedición. En el siglo XX, esta labor continuó con ediciones como la de Pablo Pastells (1920) y, posteriormente, la de Armando Braun Menéndez y Ángel Rosenblat en 1950. El énfasis de estas publicaciones recaía en la figura de Sarmiento de Gamboa, cuya biografía estuvo marcada por episodios tan singulares como adversos. Fue enjuiciado en dos ocasiones por la Inquisición, acusado de prácticas nigromantes. Asimismo, se destacaban sus dotes literarias, especialmente como autor de la *Historia de los Incas*, una de las crónicas más relevantes del mundo andino colonial.

El enaltecimiento de la figura de Sarmiento se explica, en parte, por la naturaleza de las fuentes disponibles sobre Rey Don Felipe, que provienen mayoritariamente de su propia pluma y se concentran en el periodo entre su primer viaje de exploración en 1579 y su partida del Estrecho en 1584. Sarmiento no presencié la agonía de los colonos ni dejó registro de ella, pues su estadía allí no superó los tres meses. La escasa información posterior proviene de tres testimonios: la impresión del corsario inglés Thomas Cavendish, quien saqueó el asentamiento en 1587 y lo rebautizó como Puerto del Hambre, y dos declaraciones del arcabucero Tomé Hernández, capturado por Cavendish y luego fugado tras una refriega en Quintero. Hernández pasaría a la historia como el único sobreviviente de la expedición, aunque en el Estrecho quedaron más personas tras su partida. Cuando Wegmann escribió su novela solo se conocía una de sus declaraciones. La otra fue encontrada en 1978 por el diplomático José Miguel Barros, después que Wegmann había concluido la novela.

El hallazgo de una ciudad perdida, su extravío durante siglos y el incierto destino de sus habitantes, junto al drama, la tragedia y el abandono que marcaron su historia —sumados a la captura y fuga del único sobreviviente—, instalaron a Puerto del Hambre en el imaginario magallánico como un misterio sin resolver: ¿de qué murieron sus pobladores?, ¿por qué no pescaron o cazaron?, ¿fue realmente el hambre la causa de su deceso?

Consciente de los límites de la historia y de los silencios del archivo, Wegmann —seducido tanto por el potencial narrativo de los acontecimientos como por la magnitud de los hallazgos— imaginó aquello que las fuentes no alcanzaban a decir, imprimiendo así un giro a la narrativa de corte histórico que hasta entonces había dominado la interpretación del drama de *Puerto del Hambre*. Lo hizo incorporando nuevos actores a la escena y ofreciendo, tal vez sin proponérselo, una explicación plausible para el enigma de la desaparición.

### *El camino del hambre*

La novela comienza cuando la nao Santa María de Castro intenta llegar a Nombre de Jesús para recoger a los colonos bajo el mando del capitán Viedma y trasladarlos a Rey Don Felipe. A bordo viajan Sarmiento y un reducido grupo, entre ellos el maestre Pedro Alcántara. El intento fracasa: azotada por el viento y con un solo mástil, la nave debe abandonar el Estrecho. En la confusión, el batel que han enviado a tierra se retira sin Alcántara, mientras la

nao es arrastrada al Atlántico. Este episodio marca el inicio de la trama: el abandono de Sarmiento.

Desde entonces, la narración se centra en Pedro Alcántara, protagonista de la novela. El relato alterna recuerdos de su vida en Galicia con su rol en la expedición, donde asume un liderazgo práctico. La trama avanza cuando los colonos de Nombre de Jesús deciden marchar a pie hacia Rey Don Felipe, con la esperanza de reunirse con quienes ya se han instalado allí, en medio de la inminencia del invierno y la escasez de alimentos. Bajo la presión de la supervivencia, Viedma toma decisiones urgentes. El trayecto está marcado por el hambre, la enfermedad y la muerte. Esta experiencia límite da título a la obra.

Al llegar a Rey Don Felipe, solo encuentran hambre y desamparo. Evaluando el escenario, la población decide fragmentarse en pequeños grupos, confiando en que así aumentarán sus posibilidades de subsistencia. A partir de este punto, la novela sigue los desplazamientos errantes de estos grupos a lo largo de la costa, dando cuenta de la progresiva degradación de sus condiciones de vida y de la miseria que marca sus últimos días.

Una de las principales contribuciones de *El camino del hambre* consiste en desplazar el foco desde la figura de Sarmiento de Gamboa hacia sujetos relegados por la historiografía, humanizando así la experiencia de Rey Don Felipe. La novela restituye el protagonismo de los colonos y de las poblaciones locales, situando en el centro del relato las dinámicas de confrontación que marcaron su interacción. En este descentramiento radica una de sus principales apuestas: mostrar que el fracaso de la empresa colonizadora no puede comprenderse al margen de las tensiones entre los recién llegados y quienes habitaban el territorio, y que la supervivencia de los colonos dependía, en gran medida, de su capacidad de aprender las prácticas de subsistencia de sus habitantes originarios.

### Las razas de la indiada

Mientras Pedro Alcántara y los colonos se preparan para marchar hacia Rey Don Felipe, un grupo indígena irrumpe en los bohíos de Nombre de Jesús y asalta, entre otras, la casa de Antonio Canalejo, tomando como rehenes a su mujer y su hija. El grito «¡Vienen los indios!» (Wegmann, 1970: 90) da la alarma. La refriega deja dos españoles y cinco o seis indígenas muertos. Más allá de sus efectos inmediatos, el episodio precipita la partida y actúa como catalizador de la trama. No es un hecho aislado, sino el primero de una serie de encuentros marcados por la confrontación con las poblaciones locales.

En este contexto, Pedro Alcántara ofrece a sus compañeros de ruta algunas claves para interpretar la presencia constante de quie-

nes los vigilan, tanto desde la tierra como desde el mar. Su conocimiento proviene del primer viaje de reconocimiento que realizó junto a Sarmiento por el Estrecho. Lejos de constituir un grupo homogéneo, les explica la existencia de distintas «razas» de «indiada» (Wegmann, 1970: 97-111). Estas conversaciones suelen tener lugar en campamentos improvisados, donde los pobladores pernoctan al calor de fogones, compartiendo lo poco que han logrado conseguir para alimentarse.

Alcántara explica que quienes los atacaron en Nombre de Jesús, armados con arcos y flechas, son los llamados patagones, bautizados así por Magallanes: cazadores robustos y belicosos de la pampa. A lo largo del trayecto los vigilan y los emboscan. Los colonos aprenden a leer su presencia en el paisaje: huellas en el barro, valvas de mariscos, carbones y piedras en torno a fogones recientes

les advierten que no están solos. Alcántara añade que en la Tierra del Fuego habita otro grupo, al que describe como más feroz que los patagones —salvaje, cruel y sanguinario—, que no abandona la isla y con el cual no existe contacto. Finalmente, menciona a un tercer grupo: los canoeros, que navegan por los canales occidentales, pacíficos y

de menor textura (Wegmann, 1970: 173). Entre ellos se configura una jerarquía: los canoeros temen a los patagones, y ambos evitan a los fueguinos.

En este punto, Wegmann sigue la información proveniente de los testimonios del propio Sarmiento que, en sus relaciones, distingue en la costa norte del Estrecho a los «grandes» —los patagones de Magallanes— y a los «chicos», correspondientes a los canoeros de los canales (Sarmiento, 2005: 236-238). En la costa sur, por su parte, identifica un tercer grupo de carácter cazador, al que describe como similar a los patagones. Este conocimiento no es casual: durante el primer viaje de reconocimiento, Sarmiento raptó a cuatro indígenas pertenecientes a estos grupos, con el propósito de obtener información y planificar estratégicamente la empresa de colonización y el dominio del territorio.

### Aviesas intenciones

Si bien la dimensión étnica de los informes de Sarmiento no fue recuperada por la historiografía posterior, Wegmann sí lo hizo. Alcántara posee un conocimiento directo de los patagones. Semanas antes, cuando el grupo avanzaba por tierra hacia Rey Don Felipe, fueron emboscados por uno de estos grupos. El episodio, consignado por el propio Sarmiento, permite advertir un *modus operandi* recurrente: los patagones se aproximan en son de paz para luego atacar. De ahí que Wegmann recurra a la expresión «indios con intenciones aviesas» (Wegmann, 1970: 13).

S. GONZÁLEZ  
DÍAZ /  
LOS LÍMITES DE  
LA HISTORIA...



 Sitio arqueológico  
Rey Don Felipe, en  
la costa norte del  
estrecho de Magallanes.  
© Richard Bezzaza



S. GONZÁLEZ  
DÍAZ /  
LOS LÍMITES DE  
LA HISTORIA...

La estrategia se despliega en varias etapas. En primer lugar, un grupo de patagones se aproxima de manera cordial a los españoles, dirigiéndose a ellos en castellano: «paz, paz, oh, Jesús, María, capitán» (Wegmann, 1970: 60). Tras un breve intercambio de abalorios o cuentas, que los españoles llevaban precisamente para este tipo de encuentros, el líder del grupo ejecuta una acción performativa singular: se introduce una gran flecha por la boca, la empuja hacia el interior y luego la extrae de forma abrupta, bañada en sangre. Se trata de un gesto desafiante cargado de teatralidad, una forma de intimidación que los españoles perciben, aunque sin llegar a comprender plenamente su sentido. A continuación, los indígenas se retiran, dejando tras de sí a una audiencia desconcertada. Solo entonces se consuma el ataque: una lluvia de flechas cae sobre los españoles desde la vanguardia y la retaguardia, cerrando la emboscada.

El público europeo de los siglos XVI y XVII ya se encontraba familiarizado con este gesto performativo atribuido a los indígenas de la Patagonia, observado por la expedición de Magallanes y Elcano durante su viaje de circunnavegación. Sin embargo, la figura del tragaflechas terminó por desbordar el significado originalmente desafiante del gesto al ser reconfigurada en el ámbito de la cultura visual europea.

Un momento clave de este desplazamiento puede situarse en 1594, cuando Theodor de Bry incluyó en su serie *America* un grabado alegórico que evocaba la gesta de Magallanes. En él, el tragaflechas aparece junto a otros seres pertenecientes al repertorio de monstruos y criaturas maravillosas mediante el cual la imaginación europea proyectó sobre América sus propias categorías de alteridad. En este proceso, el gesto dejó de operar como una acción situada —inscrita en un contexto de tensión y confrontación— para integrarse en un imaginario más amplio, en el que lo extraño y lo portentoso priman sobre su dimensión histórica.

Otro ejemplo elocuente lo ofrece la edición de la *Verídica descripción* del soldado alemán Ulrich Schmidel, quien participó en la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata en 1534. Publicada en 1602 por Levinus Hulsius, la obra incluía un mapa plegable de América del Sur en cuyo único recuadro se aludía brevemente a dos episodios: por una parte, el gesto de la flecha consignado por Magallanes; por otra, la infausta suerte de Philippolis o Ciudad Rey Don Felipe.

En la novela, Wegmann recupera la dimensión política del gesto al presentarlo como un atributo del jefe. De este modo, dota de agencia a los patagones, humanizándolos y otorgándoles un papel activo en la trama, más allá de su reducción a receptores de baratijas o a tímidos espectadores de la irrupción española. Sabemos el nombre de este jefe porque Sarmiento lo consigna: Ols.

Consciente de su liderazgo y de su posición dentro de la estructura política del grupo, Sarmiento lo mata. Esta acción se inscribe en prácticas coloniales de guerra, en las que la supresión de las jefaturas constituye un mecanismo central de dominación y control del territorio.

### Vivir como salvajes

Ya instalados en Rey Don Felipe, los colonos intentaron en vano sembrar avena, habas y trigo, entre otros cultivos. Era urgente conseguir alimentos, pues gran parte de los pertrechos se había perdido durante el viaje. Sin embargo, los cultivos fracasaron: plantaron a la intemperie, en una de las zonas más extremas del mundo, donde las condiciones ambientales hacían inviable cualquier práctica agrícola sostenida. Aún hoy lo es.

De tradición campesina, los colonos expresan en la novela su frustración ante una tierra que perciben como yerma y egoísta, incapaz de ofrecerles sustento. No se trata, en efecto, de un territorio apto para la agricultura. Ello explica que las poblaciones locales, cuya presencia en los alrededores del estrecho de Magallanes se remonta a once mil años, se hayan especializado en la caza y la recolección de recursos. Wegmann, conocedor del ecosistema magallánico y de sus límites, profundiza así en uno de los elementos clave para comprender —y desmitificar— lo ocurrido en Rey Don Felipe: el fenómeno del hambre.

El recurso más abundante en las costas del Estrecho eran los mejillones, que en un comienzo ofrecieron una solución inmediata a la escasez de alimentos. Sin embargo, su disponibilidad pronto se vio mermada por el consumo intensivo. Agotados los bancos más accesibles, los colonos se vieron obligados a esperar la bajamar de las mareas de sicigia —las más pronunciadas, que ocurren apenas dos veces al mes— para poder recolectarlos. La precariedad de esta subsistencia queda condensada en la frase del gallego Antonio Canalejo, uno de los personajes, quien, al referirse a la reciente muerte de una mujer, resume con crudeza la situación: «Un día con hambre, otro con mejillones» (Wegmann, 1970: 182). Tampoco disponen de municiones para cazar guanacos, ya que deben reservar las pocas que les quedan para defenderse de los ataques de los patagones.

Con la llegada del invierno, los colonos constatan que la disponibilidad de recursos es estacional. Hay huevos, pero solo durante los periodos de nidificación —principalmente en primavera y, en ocasiones, en otoño—. Pueden recolectar calafates, pero solo en verano. Por eso los patagones emigran hacia la pampa, en el norte, explica Alcántara.



Patagón tragando una flecha frente a un español. *Warhafftige Historien einer wunderbaren Schifffart*, Ulrich Schmidel, Noribergae, 1602. Gentileza de JCB Archive of Early American Images

En Rey Don Felipe, la situación se vuelve cada vez más crítica. El hambre alcanza niveles extremos —al punto que suceden episodios de canibalismo—, mientras la amenaza de los patagones se mantiene constante: siempre vigilados, siempre acechados. A ello se suma la progresiva degradación de sus condiciones físicas: las madres no tienen leche para alimentar a sus hijos, las enfermedades derivadas de la desnutrición se multiplican y no disponen de medicinas para enfrentarlas. En este escenario, la supervivencia se vuelve cada vez más precaria.

Tras la experiencia del primer invierno, Pedro Alcántara y Viedma coinciden en que la única forma de sobrevivir es separándose. No pueden cargar con quienes se han abandonado a la muerte ni con aquellos que, a su juicio, carecen de la disciplina necesaria y se conforman con una subsistencia mínima basada en la pesca diaria. Obtener alimentos se convierte en una tarea de tiempo completo, que exige planificación, movilidad y rigor. En este contexto, la desconfianza se instala entre los colonos: los lugares donde es posible encontrar recursos pasan a ser celosamente resguardados, como un secreto de Estado. Cada grupo debe velar por sus propios intereses. La fragmentación en unidades pequeñas se impone, así, como una estrategia de supervivencia.

Dividida la población, los distintos grupos comienzan a deambular por la costa del Estrecho. La novela sigue, en particular, los pasos del grupo de Pedro Alcántara, compuesto por no más de seis personas, entre ellas dos mujeres y un niño. En su constante desplazamiento, se encuentran con los vestigios de otros campamentos: restos abandonados, tumbas recientes. Pronto confirman lo que ya intuían: no existe un lugar que reúna todas las condiciones necesarias para asentarse. Donde hay agua, falta leña; donde hay leña, escasean los animales; donde abundan los mejillones, no hay nada más.

Alcántara comprende que la supervivencia depende, en gran medida, de su capacidad para aprender y reproducir las prácticas de subsistencia de los habitantes originarios. A partir de la observación de los llamados «indios de mar», el grupo desarrolla nuevas técnicas: el niño Abelino del Castillo, por ejemplo, se convierte en hábil cazador al aprender a imitar el graznido de los patos, atrayéndolos hacia las rocas para capturarlos con un lazo. En este proceso, Alcántara y los suyos logran sostener la vida adoptando lo que Wegmann denomina una «vida primitiva» (Wegmann, 1970: 242), que los transforma progresivamente en sujetos expertos en su entorno. Establecen circuitos de desplazamiento, fijando puntos a los que regresan según la estación, y levantan sus campamentos sobre los vestigios de los anteriores. En la práctica, han asumido una forma de vida nómada, similar a la de los canoeros. Incluso llegan a entablar relaciones amistosas con uno de estos grupos, los *aliculip*, con quienes conviven durante un tiempo.

Llega un momento en que Alcántara decide construir una pequeña embarcación, lo que les permite ampliar su radio de acción y explorar nuevos espacios. A bordo de ella recorren los islotes del entorno, estableciendo refugios en la bahía de los Islotes y en la isla Marta, donde descubren una lobería. Este desplazamiento amplía sus posibilidades de subsistencia: incorporan el consumo de pingüinos, a los que cazan con medios precarios, recurriendo a palos y garrotes. En este punto, Wegmann integra a la narrativa su sólido conocimiento etnográfico, arqueológico y geográfico de la región de Magallanes, reforzando la verosimilitud de las estrategias de adaptación desplegadas por los personajes.



La novela de Wegmann no resuelve el misterio de Puerto del Hambre, sino que lo desplaza: allí donde la historia calla, la ficción revela que, más que un enigma insondable, se trata de un fracaso históricamente comprensible, nacido del desajuste entre las expectativas imperiales y las condiciones reales del territorio. En la novela emerge una trama compleja de decisiones, limitaciones y conflictos: un entorno extremo, re-

ursos estacionales, la dificultad de adaptarse a las formas de vida locales y una relación tensa —cuando no abiertamente hostil— con quienes habitaban el territorio.

S. G. D.—UNIVERSIDAD BERNARDO O'HIGGINS,  
SANTIAGO DE CHILE

### Bibliografía

- GONZÁLEZ DÍAZ, S. Y URBINA ARAYA, S. (2023). «Presencias invisibles. Entendiendo ciudad Rey Don Felipe en clave étnica», *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia* VII: 2, pp. 862-901.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P. (2005). *Viaje al estrecho de Magallanes y noticia de la expedición que después hizo para poblarlo*, edición de Rubén A. Arribas, Argentina, Eudeba.
- (2015). *Sumaria relación*, edición de Joaquín Zuleta, Madrid, Iberoamericana Vervuert.
- (2021). *Cartas y relaciones del estrecho de Magallanes (1580-1590)*, edición de Joaquín Zuleta, Chile, Editorial Universitaria.
- VEIGA, J. (2012). *Sarmiento de Gamboa y la ciudad de el Rey Don Felipe (El descubrimiento de Puerto del Hambre)*, Chile, SubWay Ediciones.
- ZULETA CARRANDI, J. (2013). «La fortificación del estrecho de Magallanes: un proyecto al servicio de la imagen de la monarquía», *Revista Complutense de Historia de América*, n.º 39, pp. 153-176.

Agradecimientos: Proyecto Fondecyt 1241318, ANID, Chile.

S. GONZÁLEZ  
DÍAZ /  
LOS LÍMITES DE  
LA HISTORIA...

 Patagón tragando la flecha en *Americae pars quarta*. *Sive, Insignis & admiranda historia de reperta primum occidentali India à Christophoro Columbo anno M. CCCXCII*, Theodoro de Bry, Francofurtensi, 1594. Gentileza de JCB Archive of Early American Images